

ALBERTO M. AMARGÓS

(1898 - 1966)

Dr. Daniel A. Flores Amargós

Alberto María Amargós Marquese nació en Montevideo el 10 de marzo de 1898, en el seno del hogar constituido por el Dr. José Rodolfo Amargós y Doña Juana Marquese Etchegaray, familia del Depto. de Colonia y dignos representantes de la sociedad uruguaya de fines del siglo pasado.

Era su padre médico especializado en pediatría; padre ejemplar que actuó en el campo profesional con gran autoridad y dedicó parte considerable de su valiosa energía y de su vida al servicio del Partido Nacional del que fue Senador y del que presidió el Honorable Directorio. Fue director del Hospital Pedro Visca, del Asilo de Expósitos y Huérfanos y fundador de la Casa Cuna.

Su hijo Alberto realizó sus estudios primarios y secundarios en el Colegio del Sagrado Corazón (Seminario).

Siendo niño sufrió una enfermedad respiratoria que motivó que su padre lo llevara durante varios inviernos al Paraguay en busca de un clima más benévolo, por lo que el mal no dejó secuelas.

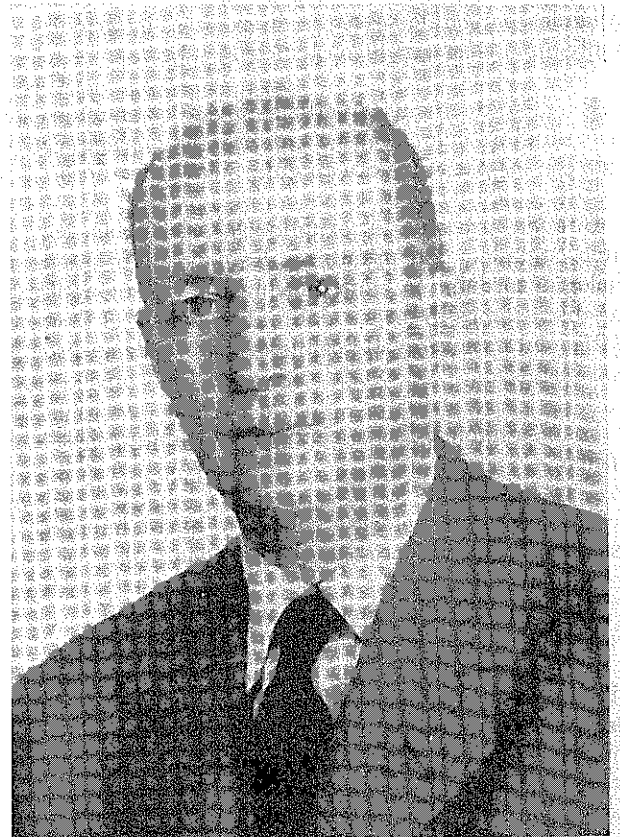
Terminados sus estudios secundarios, ingresó en la Facultad de Medicina, donde cursó con brillantez su carrera, que culminó en el año 1925. Fue distinguido con la medalla de oro y ganó inmediatamente el Concurso de Tesis, con un trabajo sobre el corazón mixedematoso, calificado con sobresaliente; y en su Título profesional consta que: "En virtud de las altas calificaciones obtenidas por don Alberto Amargós, ha sido exonerado por las autoridades universitarias del pago de derecho de título".

Recién recibido conoció a quien había de ser su compañera de toda la vida, Sara Aguiar, con quien se casó el 26 de octubre de 1929.

Obtuvo por concurso el cargo de Médico Residente del Hospital Maciel, ingresando al servicio del Dr. Américo Ricaldoni. La impronta imborrable del

Maestro habría de ejercer su influencia en todos los aspectos de su vida, no solamente en lo profesional. La profunda admiración sentida por el Dr. Ricaldoni queda evidenciada en recuerdos de su amigo, el Dr. Héctor Menéndez, quien expresa que según Amargós "nunca existió ni existirá médico mejor que Ricaldoni".

Ayudante de clase por designación directa, colaboró con su Maestro desde los inicios del Instituto de Neurología que fuera creado por el Senado de la República en homenaje al Dr. Ricaldoni.



Dr. Alberto M. Amargós

Uno de sus compañeros de aquella época, el Prof. Dr. Rodolfo V. Talice, destinatario de la dedicatoria de su Tesis de Doctorado, lo recuerda del siguiente modo:

"Memoriosas jornadas mañaneras -de lunes a viernes- con muy breves pausas anuales fueron aquellas transcurridas entre 1922 y 1928, en la sala de hombres "Pedro Visca" del Hospital Maciel.

En ella funcionaba, junto con la sala "Bienhechores", de mujeres, la Clínica Médica del inolvidable Prof. Ricaldoni. Y allí mismo quedó instalado, en 1927, el flamante Instituto de Neurología, creado por especial Ley Parlamentaria, también dirigido por aquel Maestro, al cual estaba destinado como homenaje a su notable prestigio.

Seis años de horas y horas compartidas con un grupo de estudiantes y colegas; de estrecha convivencia: Juan A. Gandolfo, Ernesto Stirling, Juan C. Plá, Eugenio Fulquet, Diamante Bennati, etc.; y entre ellos, sin quererlo sin duda él mismo, la peculiar silueta de Alberto Amargós.

De estatura mediana, delgado, de calvicie comenzante, cara pálida siempre afeitada, semblante invariablemente agradable, mirada conviviente, voz pausada, gestos mesurados.

Estimado de todos nosotros en virtud de sus modalidades personales exentas de excesos, invariablemente amistosas e incluso cariñosas.

Enemigo de disputas verbales juveniles, sabía colocar en ellas sus calmosas palabras de sosiego. Su trato con los pacientes era singularmente afectuoso.

Cuando procedía a examinarlos, lo hacía con sumo cuidado y sin premuras. Empeñoso en su semiología, tardaba en emitir su juicio en el momento que discutíamos el origen del mal en causa, el diagnóstico del paciente y el posible desarrollo de su proceso evolutivo.

Por eso había Alberto conquistado unánime estimación.

Era imposible pelearse con él, y hasta imponía cierto explicable respeto a sus camaradas.

Por eso mismo, lo queríamos mucho.

Los lunes, al entrar en la Sala, sabía escuchar calladamente la inevitable narración, de varios de nosotros, a propósito de aventuras domingueras. Amargós no hacía comentarios ociosos acerca de ellas y nunca aludía a las suyas. Nos constaba la regularidad vigilada de su salud en virtud de cierta dolencia transcurrida en su primera juventud.

Asimismo resultaba inútil obtener su participación en eventos festivos extra-hospitalarios y en reuniones públicas o callejeras ruidosas.

Eso sí, su veneración por el Maestro Ricaldoni, compartida por sus allegados, se manifestaba con vehemencia en Amargós. Franca, honda y firme.

Ello nos permitía dialogar a menudo con él, con respecto a las virtudes relevantes de Don Américo; a la amplitud de sus conocimientos; a su sapiencia nosológica; a sus aciertos a veces increíbles.

Y cuando, en los corrillos de la Clínica, se ponía algún reparo en las conclusiones enunciadas por el Maestro, Amargós era el primero en sugerir cautela a los apurados. Y más de una vez tuvo razón en tal actitud, al confirmarse luego el diagnóstico, puesto en duda, de Ricaldoni. Es que algunos eran tan inverosímiles que nos hacían vacilar de su justeza.

Amargós se distinguió, desde el comienzo de su actividad clínica, por su vocación cardiológica, especialidad en la que había de triunfar una vez graduado. Tenía ya el sello de la pasión auténtica por la cardiología.

Creyente sincero, trasmitía su fe arraigada al doliente, que lo escuchaba durante esos incontables coloquios, tan benéficos entre médico y enfermo, lamentablemente de más en más olvidados en los tiempos que corren.

Sería largo narrar aquí anécdotas ocurridas en el seno de la Sala Visca a lo largo de esos seis años de convivencia fraterna. Ellas ratifican el alto sentido humanístico que rigiera la vida de Amargós como estudiante ejemplar, como médico cabal, como amigo leal y entrañable.

Dejó en mi corazón huellas imborrables. Le ofrezco, emotivamente, el reiterado homenaje de mi fraterna y permanente adhesión."

Es acertada la imagen que sale de los recuerdos del Prof. Dr. Talice. Mantuvo como una constante cierta característica central de su personalidad: la sobriedad; sobriedad aplicada a todos los órdenes de su vida. En el ejercicio de su profesión, era sobrio en el diagnóstico y en el tratamiento. Enemigo de actitudes histriónicas, parecía ocultar su erudición ex-profeso, eludiendo malabarismos verbales o actitudes jactanciosas. Decía en clase lo esencial sobre sus enfermos, haciendo, como es característico de los grandes profesores, simple lo complejo. Despiadadamente veraz, no reconocía jerarquías en materia científica, aceptando con humildad las discrepancias con sus discípulos. Se cuidaba de no incurrir en excesivos estudios paraclínicos, por respeto al enfermo, y tam-

bién ponía gran cuidado en la medida y precisión terapéutica. De modo característico, extendía su sobriedad al cobro de sus honorarios, singularmente exiguos, y a los demás aspectos de su vida.

En efecto, era el Dr. Amargós un hombre ponderado, enemigo de arrebatos o impulsividades. Apasionado por los estudios, el centro de gravedad de su vida fue el ejercicio de la medicina. Sus aficiones eran consonantes con su carácter: el cuidado de su jardín, la afición por el fútbol, el estudio como un rito. Su enemistad por el estrépito lo llevaba a actitudes como ésta: simpatizante del Club Nacional, iba a todos sus partidos salvo los jugados contra Peñarol. Coleccionista de libros de medicina, formó una biblioteca que, en palabras del Dr. Pedro Cossio, era la primera de Sudamérica en Cardiología.

Amigos y discípulos lo recuerdan como un hombre austero, cortésmente sobrio; tal vez excesivamente serio. Esta visión probablemente no es del todo veraz. Hubo un hecho que, de algún modo, generó un cambio muy profundo e importante en Amargós. En su vida matrimonial tuvo dos hijos: Alberto y Sara María. A los nueve años de edad, Alberto murió de una enfermedad abdominal aguda; este hecho lo afectó profundamente, al punto que decidió abandonar el ejercicio de la medicina a la edad de cuarenta y un años.

La labor tenaz y silenciosa de su señora, junto con su gran cariño, impidieron afortunadamente que llevara adelante esta decisión, pero aquella pérdida lo marcó para toda su vida.

Era, sin embargo, poseedor de un fino sentido del humor, reprimido por un algo de timidez disfrazada. Podía verse en su actitud una amabilidad y una efusividad contenidas.

Poseedor de una personalidad que ejercía sobre sus pacientes un efecto formidable: se sentían de inmediato en la seguridad de que "su médico" -Amargós- se interesaba profundamente por ellos. Fue característica la devoción casi mística que sus enfermos sentían por él, la confianza ciega que les generaba, el consuelo que provocaba sólo su presencia. Esto fue la consecuencia de algo no buscado pero profundamente vivido: para el Dr. Amargós, el punto central de su ejercicio profesional era el paciente; no como objeto de estudio científico; tampoco como una actitud dadivosa al darle al enfermo la limosna del interés y la dedicación. La concepción ética que del ejercicio de la medicina tenía Amargós se centraba en el protagonismo del paciente, en su multidimensionalidad compleja. Y su actitud fue coherente con su ideología: tomó la medicina como un servicio, el principal de su vida. Pero no en sus aspectos académicos, científicos, administrativos, institucionales o docentes, sino en el ejercicio de la semiología, la clínica o la terapéutica.

Fue un hombre tan desprovisto de afección de reconocimientos científicos como desinteresado en las cosas materiales. Tal vez resulten ilustrativos algunos ejemplos. Como ya mencionáramos, fue distinguido con la medalla de oro. El joven Dr. Amargós rechazó tal distinción y sugirió al Consejo de la Facultad que se le diera a otro compañero de mayores méritos. El 13 de abril de 1926 el Consejo ratificó la decisión de otorgársela. Finalmente, Amargós la rechazó.

Ocupó los cargos de Jefe de Clínica Médica en la Facultad de Medicina; y Médico del Servicio de Asistencia Externa y Jefe del Servicio de Cardiología del Hospital Pasteur en el Ministerio de Salud Pública. En este centro hospitalario formó su escuela e impartió sus enseñanzas a numerosos discípulos que ejercen actualmente la especialidad en toda la nación.

En este cargo renunció a su remuneración, donando su sueldo al servicio del que era Jefe. Su labor en Salud Pública se extendió por treinta y cinco años.

Cuando se creó la Fundación Nacional de Cardiología, fue designado de inmediato para ejercer la primer presidencia; rechazó sin demora este nombramiento.

Con obstinación el Dr. Amargós rechazó cualquier puesto que entrañara ubicación en primer plano. No ocupó posiciones académicas destacadas; no presidió ni dirigió instituciones públicas o privadas, salvo su Servicio de Cardiología del Hospital Pasteur; no asistió prácticamente a congresos fuera del país. Enseñó desde su sala, sin ampulosidad; no en aula, sino al lado de las camas de sus enfermos.

Tampoco fue un prolífico editor de trabajos científicos, y como ya señalamos, hacía pasar desapercibida la erudición obtenida a través de largas jornadas de estudio cotidiano.

Sin embargo, y aún a su pesar, adquirió notoriedad entre sus conciudadanos, como queda reflejado en las siguientes palabras pronunciadas en el Senado de la República, cuando su fallecimiento, por el Sr. Eduardo V. Haedo, quien después del encabezamiento de rigor, decía:

"El Dr. Alberto Amargós se dedicó integralmente al servicio de la ciencia, de ese noble y no frecuente servicio, callado y fecundo, del Bien, realizado con derecho, sin retaceos, con recato, con sentido fecundo.

Puede decirse, sin exageración, que en los últimos treinta años, no hay un solo médico del país que no haya tenido que consultar con Amargós, o que no haya requerido su consejo, que no haya apelado a su saber; y contadas son las familias del país que, en

forma directa o indirecta, no hayan recibido beneficio de su ciencia, de esa, seria y profunda, que posea este hombre, entregado con abnegación sin límite a servir a sus semejantes.

Le rindo emocionado homenaje. Estos hombres silenciosos, trabajadores, abnegados, que vivieron dándose a los demás, entregando lo mejor de su adolescencia, de su juventud, de su madurez en beneficio de la sociedad que integraron con pulcritud y ejemplar decencia, merecen el homenaje de la Nación."

Otro testimonio de la estima que mereció, se ve fielmente reflejado en las palabras recordatorias pronunciadas por el entonces Consejero Dr. Lorenzo y Losada: "Señor Presidente, me voy a referir al fallecimiento del Dr. Alberto Amargós. El cuerpo médico nacional y el país pierden uno de los profesionales más ilustrados. Por esas grandes contradicciones y dualidades que presenta la vida en forma sorpresiva, muchas veces la revelación de las características de un hombre aparece en el momento de su muerte. El Dr. Amargós vivió estudiando y entregado a sus pacientes. Desde el estudio que era su biblioteca -una de las más ricas que en materia médica existen en la república- hasta la dedicación al paciente, puede resumirse su existencia.

Esa fue su trayectoria.

Hombre sumamente estudioso, creía que a través de las informaciones y de las experiencias que surgían de los libros que reflejaban a su vez el trabajo de otros profesionales, podría encontrarse el secreto para curar algunos males; entre otros, el quiste hidático cuando se ahinca en el corazón.

Fue uno de los primeros médicos que hicieron estudios profundos sobre el quiste hidático en el corazón en nuestro país.

No supo de ninguna de esas otras gratificaciones y deleites que presenta la vida; no concurría a espectáculos; alguna que otra vez fue al fútbol. Quizás su único deleite consistía en una charla amena que tenía periódicamente con el extinto Dr. Pedro Larghero.

Fue dominador absoluto de su personalidad. Reveló un temperamento muy fuerte, dedicado intencionalmente al trabajo, al estudio, a la atención del paciente y a la lucha con la muerte.

Frente a este hombre que desaparece, de constitución tan heroica y de personalidad tan fuerte, solicito al Sr. Presidente que se le envíe una nota de condolencia a los deudos y que el Consejo se ponga de pie."

Un homenaje anónimo le fue brindado tras su muerte en el matutino "La Mañana", en el espacio titulado "A las 3 de la madrugada":

Médicos Uruguayos Ejemplares
378 Horacio Gutiérrez Blanco

"El paciente -que también es médico- había estrechado su mano después que fuera revisado. Saludó al colega y se retiró más sereno.

Si acaso no ignoraba que el corazón claudicaba, por lo pronto sabía muy cierto que ante un gran corazón se reivindica lo más fuerte de la salud del hombre: el sentimiento.

Hace minutos sonó el teléfono en nuestra mesa y escuchamos la voz apenada del paciente. Muchas veces ha llamado para compartir con nosotros las inquietudes de la madrugada.

Esta vez, el hombre médico, el que volvía a llamar, era el lector que ha interpretado estas líneas pero con una dura noticia. Ha muerto el Dr. Alberto Amargós. Le había estrechado la mano como paciente, horas antes, cuando ejercía, hasta inconcebibles límites de sacrificio, el sacerdocio médico, el de esa vieja y heroica escuela de medicina.

Amargós, tanto más sencillo como hombre cuanto ilustre como cardiólogo, si dejaba un camino en la ciencia del corazón, también lo dejaba en su difícil caudal afectivo. Solamente esto quería decirnos el lector. Y se despidió, hasta cualquiera de estas madrugadas cuando la búsqueda por las calles de un poco de calor humano, nos reencuentra la queja de ver todavía en el corazón solo un músculo que se va deteriorando."

Sus conciudadanos le tributaron un nuevo reconocimiento cuando, en 1981, fuera denominada una calle de nuestra ciudad con su nombre.

El recuerdo de sus pacientes, discípulos y amigos, tiene profundamente marcada la imagen de este hombre que, entre los posibles roles a cumplir -clínico, científico, investigador, docente- eligió apasionadamente el primero; sin embargo su aporte en las otras áreas fue también importante. Su escueto pero brillante aporte en el área bibliográfica, se compone de los siguientes trabajos:

- "Contribución al estudio de las cardiomixedemopatías: la insuficiencia cardíaca mixedematosa". Fac. de Medicina, 1928.

- "Síntomas y diagnóstico del infarto del miocardio". Archivos Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades, 1934.

- "Nota histórica sobre el síndrome de Bernheim". Rev. Médica Latinoamericana, 1933.

- "Pericarditis Constrictiva" (-, Larghero, Menéndez, Di Bello) 1945.

- "Localización anormal del dolor en un caso de angina de pecho" (-, Fulquet). Anales de la Fac. de Medicina, 1932.

- "Cor pulmonale hidatídico" (-, Menéndez, Di Bello). El Día Médico, 1948.

- "Aspergilosis pulmonar y cardíaca" (-, Menéndez, Sotelo). Rev. del Instituto de Investigación de Ciencias Biológicas, 1951.

- "Tres casos de equinocosis cardiopericárdica operados" (Armand Ugon, Larghero, Di Bello) Boletín de la Soc. de Cirugía del Uruguay, 1947.

Asimismo, formó junto a los Dres. García Pintos y Uruga, el Comité de Redacción de los "Archivos Uruguayos de Cardiología" que, bajo la dirección del Prof. Dr. Montes Pareja, tuvieron en Amargós un permanente aporte de material científico.